



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 18 DE ABRIL DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Hay de cochinitos a cochinitos

EL COCHINITO CON FORMA DE CARACOL
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Había una vez una alcancía de cerámica en forma de caracol, del color del cobre quemado. Llegó a casa de su dueño como regalo de navidad, de parte de la hermana de su mujer. Había sido sugerencia de su esposa, pensando en un soñado viaje a Europa. Nunca habían cruzado el Atlántico y consideró que con la alcancía podrían juntar lo suficiente y comprar los boletos de avión. Tampoco había preguntado, ni siquiera buscado en internet: el precio del vuelo a París, Londres o Madrid. Pero la alcancía era grande y seguramente podría llenarse, eventualmente, con lo suficiente. La cerámica sería mejor hucha que una botella de plástico de Coca-Cola, pues siendo transparente, esta última podía representar una tentación para doña Susa, la mujer que de vez en cuando ayudaba con la limpieza del hogar.

La alcancía recibió su primera moneda, de cinco pesos: el mismo veinticinco de diciembre. Y cada dos o tres días, cuando el señor de la casa regresaba al hogar para la comida, su mujer le pedía veinte pesos con el fin de que el lavacoches le diera una pasada con agua y trapo a su auto. Pero en realidad, lo que sucedía era que: mientras su marido tomaba la siesta, era la mujer quien lavaba el coche y metía el billete de veinte pesos dentro de la alcancía.

Pasaron los meses y la alcancía fue haciéndose más pesada: por el metal monetario que su dueño introducía en la ranura cuando su mujer le preguntaba: "¿Ya le echaste al cochinito-caracol?" Entonces, él, sin muchas esperanzas de que aquello fuera a ser de utilidad, se levantaba de la mesa y se dirigía a la repisa de la sala, donde depositaba una moneda. Luego se sentaba en el sillón, se quitaba los zapatos con suelas de cuero rígido y se sacaba la camisa tirándose panza arriba para dormir la siesta. "Vete a la cama", le decía su mujer, y lo levantaba para acompañarlo.

Un día que la señora Susa hacía el aseo, se acercó a la repisa moviendo la alcancía por descuido: la hizo descender en trayecto al piso. La señora Susa metió ambas manos y logró sostenerla en el aire. Sintió cómo se le esfumaba el alma y luego le volvía, mientras su corazón puso en marcha el vuelo de un grito.

Nadie la escuchó. Respiró profundo y se sentó unos segundos en la sala hasta calmarse.

Pocos días después, el señor de la casa llegó al hogar más temprano de lo normal. Timbró a la puerta de su propio hogar en lugar de abrir con su llave. "¿Y el carro?", le preguntó su mujer al verlo. "Me despidieron", respondió él. Ya había entregado el auto y los papeles en la oficina. La alcancía-caracol dejó de recibir monedas y billetes, y comenzó a ser testigo de las levantadas tardes de su dueño, y de sus desveladas revisando puestos de vacantes por internet.

Los ahorros fueron agotándose, provocando que la alcancía se viera, a los



ojos de la pareja, cada vez más frágil y necesaria para la sobrevivencia. ¿Qué podían hacer con ese ahorro, que valiera la pena quebrar el caracol? ¿Cuánto dinero contendría? Hasta que un día, al señor de la casa le apareció una entrevista de trabajo con un antiguo jefe. Lo citó en un restaurante caro. "No la destruyas todavía", le dijo la mujer a su marido. "Llévatela a la comida. Si tienes que pagar, la quiebras en el baño".

El hombre salió con dos horas de anticipación. Caminó cuadras, abordó metro, transbordó y caminó más cuadras para llegar al restaurante del hotel donde sería la reunión. Llegó puntualísimo a la cita. Dejó encargado el caracol con la anfitriona y se fue a sentar a una mesa al fondo. Su exjefe ya estaba ahí, quien le habló del nuevo proyecto que tenía en puerta: Había sido invitado a laborar en la banca privada para diseñar programas de educación financiera que se difundirían entre los jóvenes, para que ahorran. "No estoy seguro de que sea un trabajo para ti", le dijo el exjefe, "¿qué podrías aportar?"

El hombre habló de las estrategias que había aprendido, de su mujer, para ahorrar. "También las pueden implementar los jóvenes", terminó diciendo. Su jefe miraba su plato de comida, sin decir nada. Terminaron de comer los camarones al ajillo en silencio y ya no pidieron otra copa de vino. El jefe ordenó la cuenta. "Dejé la cartera en el auto, voy por ella". "No te preocupes, yo invito la comida. Cuando nos paguen, tú invitas".

El hombre comenzó su nuevo trabajo y el cochinito-caracol, sin embargo, no incrementó su peso. El nuevo salario era

exorbitante y el hombre comenzó a alimentar la alcancía con billetes de cien pesos. Al año, la hucha fue llevada al patio y pulverizada con toda gloria: estalló su brillo de oro ante un par de golpes de martillo. La pareja hizo su viaje de dos semanas. Conocieron las capitales de Europa y recordarían el cochinito-caracol durante el resto de sus vidas, el cual, por supuesto, estaría muy contento en el cielo de las alcancías por haber vivido hasta cumplir las expectativas que se habían puesto en él.

UNA MARRANITA DE FINO ANDAR
OLGA DE LEÓN G.

Lucero sonríe mientras me cuenta, que los animales que tenía en su incipiente rancho, su padre, eran todos de raza fina.

El hombre tenía tiempo de estar acariciando la idea de comprar algunos marranos, aunque fueran solo tres: dos machos y una hembra, para empezar una crianza para engorda y venta. Vacilaba en tomar la decisión porque no disponía en ese momento del capital suficiente.

El padre de Lucero había nacido en Monterrey, pero había pasado buena parte de sus años de niño y de la primera juventud en El Castillo, donde vivía su propio padre, quien nunca se acomodó a la capital, y prefirió regresar al pueblo.

Desde allá, el abuelo Bucho -padre del papá de Lucero- enviaba a la familia algunas frutas y víveres en general, así como animales de crianza para los patios citadinos, como gallinas ponedoras con su respectivo gallo, para que siempre tuvieran su mujer e hijos huevos frescos, no de los refrigerados de la ciudad.

Ahora, hacia la sexta década del mismo siglo veinte, aquel que fuera el último hijo de don Bucho y mamá Fina, daba forma a una ilusión por años acariciada, tener su rancho, me cuenta entusiasmada Lucero. El padre quería que sus hijos, aprendieran a amar la vida más o menos rural, en contacto con la naturaleza.

Para entonces, el rancho contaba con una presa, un pozo de agua cerca de los corrales, una bodega, una casa para el rancho y su familia, varios borregos de raza criolla o de cruce, Merinos; marranitas Yorkshire de piel rosada, gallinas ponedoras y algunas construcciones para otros animales, como el establo para las vacas de ordeña.

Un día, el padre llevó a su mujer e hijos menores, pues los dos mayores estaban estudiando ya en el extranjero, aprendiendo otra lengua, al rancho. Quiero que todos mis hijos estudien una carrera y que hablen al menos un idioma más, puede ser la lengua de nuestros vecinos. Un día la necesitarán.

Como cuando los que vinieron a instalar cerca de los corrales, la bomba del agua para abastecerlos, una Pump Jack, necesitó -uno de ellos- de traductor para entender bien nuestro español. Lo único que no se le dificultó mucho al güero, contaría un día mi padre, me sigue relatando Lucero, fue el nombre de las cervezas que quiso tomar el día que se concluyó la instalación.

"-Oye, Jim, -le dijo el dueño del rancho, -quiero ofrecerte una cenita de carne asada y una bebida para brindar por tu obra. Qué tipo de carne prefieres y cuál cerveza. -A lo que el Güero le respondió: -con unas seis "Cuachas Blancas", y aunque no haya carne, por mí, "It's okey".

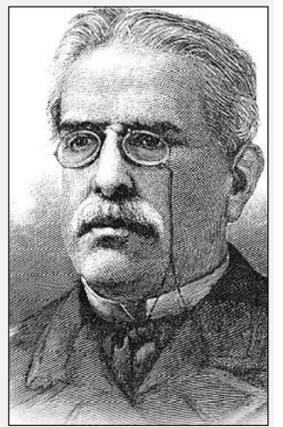
Todos los allí reunidos, trabajadores y dueño, rieron alegremente. Por siempre entre ellos, se quedó el nombre de "Cuachas blancas" para las cervezas Carta blanca.

Y el día en que, por fin, iban a ofrecer a una de las marranitas en venta, tras haberla aseado, la mujer del rancho la retiró del lodo para que no se revolcara, en su instintivo acto de bañarse, pues ya le había colocado una banda con moño amarillo por un lado en el cuello. Ese día, toda la familia estaba allí. Y los dos hermanitos menores empezaron a llamarla: Lucy, "Lucy que guapa te pusieron hoy", le decían riendo. Todos al escuchar como la llamaron los niños, festejaron la puntada, pues era el nombre de su hermana mayor.

Lucero muy digna, nada dijo, solo empezó a retirarse caminando lentamente en dirección al auto de su padre.

No te enojos hijita, dijo la mamá. Le pusieron así porque camina apretadita y elegante, como tú. La adolescente hizo como que nada escuchó y siguió caminando. Llevaba una sonrisa en el rostro y una lágrima rodando por cada mejilla.

Ahora, después de tantos años, Lucero pinta su rostro de alegría y mira hacia el cielo sintiéndose amada.



Juan Valera

Escritor y crítico español cuya obra se inscribe en una corriente esteticista opuesta al realismo naturalista. Político y diplomático, fue un hombre culto y refinado, cuyo hedonismo no estuvo desvinculado de sus numerosas aventuras amorosas e incluso de su tardío y desgraciado matrimonio con Dolores Delavart, a la que doblaba en edad. Se inició como teórico literario con Ensayos literarios (1844), libro que fue destruido casi en su totalidad, y con críticas y recensiones en diversos diarios y revistas españolas e hispanoamericanas.

En éstos también escribió cuentos y novelas por entregas, pero su entrada definitiva en la narrativa se produjo tardíamente, cuando dio a conocer Pepita Jiménez (1874), la novela española más popular del siglo XIX, en la que, no obstante sus notas costumbristas y su temática amorosa de corte romántico, concretó literariamente sus posturas antirrealistas, sus inquietudes formales y su voluntad de definir una prosa y un estilo depurados.

Más tarde dio a conocer Las ilusiones del doctor Faustino (1875), publicada por entregas. El comendador Mendoza (1877), Pasarse de listo (1878) y Doña Luz (1879). Tras un largo paréntesis y ya afectado por una progresiva ceguera, aparecieron Juanita la larga (1896), también publicada anteriormente por entregas, y Morsamor (1899). Su dominio de una depurada técnica narrativa le permitió valerse de recursos expresivos que ampliaron los registros temáticos de sus novelas, consideradas en sí mismas "cuentos rosas" por algunos críticos.

De hecho, como apuntó José F. Montesinos, "sentía cierto menosprecio por esas obras de imaginación o de entretenimiento, como las llamó, que siempre le parecieran sacadas de quicio cuando acogían problemas arduos o se hacían eco de cuestiones ajenas al puro goce estético". En el caso de Pepita Jiménez, el recurso epistolar para narrar la historia rosa le permitió abrir otros puntos de vista, entre los cuales el del narrador marca un irónico y crítico distanciamiento, que acentuaba su idea básica de que toda obra de arte debía aspirar por principio a la belleza. De ahí que cargara contra la "indecencia docente y humanitaria" de los naturalistas.

También atacó las formas retóricas de los "nuevos filósofos y políticos", aunque él mismo escribió cuentos filosóficos al modo de Voltaire, como El pájaro verde (1860), y La buena fama (1894). Para algunos historiadores de la literatura española, su verdadera importancia hay que buscarla como ensayista, en particular en libros como De la naturaleza y carácter de la novela (1860), cuya publicación precedió su ingreso en la Real Academia Española, y, sobre todo, Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas (1886-1887).

ad pédem literae

Dijo Platón que los buenos son los que se contentan con soñar aquello que los malos hacen realidad.

Sigmund Freud

Letras de buen humor

Inteligencia militar son dos términos contradictorios.

Groucho Marx

Juan Antonio Tirado

El silencio que suena

Lo difícil es encontrar el tono, no dejarse engañar por el sonido de las palabras, las putas palabras, que como pedradas traicioneras descalabran al escritor; al autor prolijo en talentos le mermara no poca de su fortuna y al menesteroso lo dejan en harapos. Las palabras son las sirenas de la literatura. Pero, ¿cómo desprenderse de los vocablos si de ellos está hecha la invención? Ahí radica el quid y por lo mismo la gloria cabe a tan pocos. ¿Qué mérito tendría escribir una gran obra, si esta se hiciera por acumulación de palabras? ¿En qué se distinguirían entonces las lecciones de un jurisperito de la magia de Flaubert? Sugiero una literatura sin palabras, de espacios en blanco; tal vez sea éste el sueño de cualquier creador. Frente al boato verbal el silencio, un silencio que suene como un puñetazo. Que en el texto la mierda huelga, que el miedo haga al lector tentarse la ropa, que sólo quepa una palabra para cada cosa y que los sinónimos perezcan de muerte natural. Lo que debí sentir Santa Teresa cuando escribió, y si es dulce el amor, no lo es la esperanza larga. El gozo que cupo a San Juan cuando dijo en verso, entréme donde no supe, y quedéme no sabiendo. Y ayer, no más, lo que pasaría por el corazón del poeta al concluir, mi madre me miraba, muy fija, desde el barco, en

el viaje aquel de todos a la niebla. Y el es, el fue y el será cansado, y el ser o no ser, ésa es la cuestión, y el endecasílabo que rescató en Ginebra un ciego que se parecía a Borges, y la espuerta de cal ya prevenida, y el humilde sueño de un bendito. Y la inteligencia, que me da el nombre exacto de las cosas.

Respecto a si es mejor escritor el millonario en vocablos que el pediguño que acude a los diccionarios para aumentar su menguada cuenta verbal, no estoy seguro. Y calculo que no es extraño que ocurra que el autor que llevado de su facilidad siembra términos sin empacho arruine el texto antes que quien administra su poquedad. Véase la fábula de la liebre y la tortuga. Por ejemplo, Jesús Cerezo. No atesoraba más allá de un puñado de palabras, no obstante, resumaba infinitas amarguras, dolores como navajas en reyerta, muertes súbitas al amanecer, la gangrena de un escupitajo repetido, la furia del odio vuelto contra sí mismo, la indelicada madeja de sus pesadillas, un puñetazo opaco, el desvanecimiento de un reloj. Cerezo no sabía escribir, ignoraba los sinónimos, desconocía el baile de salón de la sintaxis, despreciaba las comas, huía de los acentos, sin embargo el arma infernal de sus adentros, la fuerza incontinente de su alma, le hacían inventar idiomas, reg-



istros, silencios y párrafos. En las convulsas aflicciones de su mañana sin retorno nació Arroyo Lobo, novelisco o nobelisco, torrente de amores muertos, de soles sin carisma, de margaritas deshojadas, de viudas amanecidas, de muerte y sangre de morcilla rota. Cerezo era hijo de una condesa, a la que solo le quedaba el título, y de un terrateniente

sin tierras. Jesús no dudaba un segundo de su estatura narrativa, una reputación que sólo existía en su desquiciada imaginación de hombre inteligente que gusta de no aparentarlo. Se quería escritor sin obra, genio sin mácula. Su único libro, Arroyo Lobo, lo dio por escrito en su imaginación caliente y torturada. ¿Gloria? La que le deben.